

CUARTA PARTE.

(La escena pasa en el pretorio del pundit-saeb.)

ANNIAMA.—SAVERINADEN.—LATCHOUMYAMA.—RANGAS-SAMY.—EL PUNDIT-SAEB.—Multitud de mercaderes, mendigos y fakirs.

ANNIAMA (*teniendo un niño en sus brazos*).—He hecho comparecer ante vos, señor pundit, al commouty Saverinaden, para que consienta en recibirme como su legítima esposa, y para que reconozca á este niño como suyo.

Yo depongo en vuestras manos venerables el taly, signo de matrimonio que él mismo ha colocado en mi cuello una noche que me juró eterna fe.

EL PUNDIT-SAEB.—¿Puedes afirmar que no mancha tu boca la mentira?

ANNIAMA.—¿Que mi cuerpo se vea privado de la sepultura de los justos, que no se haga ceremonia alguna fúnebre en el aniversario de mi muerte, y que mi alma vaya á habitar el cuerpo inmundo de un murciélago si lo que digo no es la verdad!

EL PUNDIT-SAEB.—Tu juramento ha sido oído por Yama (juez de los infernos). ¿Qué responde Saverinaden?

SAVERINADEN.—No conozco á esa mujer, y todo lo que dice es falso.

EL PUNDIT-SAEB.—¿Puedes hacer el juramento prescrito?

SAVERINADEN.—Mi casta me prohíbe jurar.

ANNIAMA.—¿Que no me conoces! No te acuerdas sin

duda de las palabras que me dirigias hará pronto dos años, en la fiesta de Siva, al pié del cocotero de la gran calle de Bahour... Voy á repetirtelas, porque yo no las he olvidado. (*La jóven prorrumpe en llanto.*) Veremos tambien si puedes oirlas sin ruborizarte. «Déjame posar mis labios sobre los tuyos, aspirar tu aliento enamorado, como el ciervo sediento que aspira sobre las hojas el rocío de la noche.»

LA MULTITUD.—Esta jóven parece sincera, y su dolor conmueve.

SAVERINADEN.—No, repito que no conozco á esta mujer, y su audacia es extraña.

ANNIAMA (*presentándole á su hijo*).—¿Y este niño, que es tu carne y tu sangre, tendrás valor para rechazarlo como á su madre? ¿No sabes que su nacimiento me ha hecho arrojar de la casta y de la casa en que murió mi padre? ¿No sabes que hace doce meses que vivo de limosna, errante en los caminos como un pária sin asilo? ¡Pero él no ha sufrido, no! ¡Está fuerte y hermoso! Mira cómo te tiende sus bracitos... ¿Rehusarás abrazarle?

EL PUNDIT-SAEB.—Te has conmovido, Saverinaden.

SAVERINADEN.—Esta mujer miente, os digo...

EL PUNDIT-SAEB.—El divino Manou te autoriza á presentar testigos. ¿No habia nadie cuando el commouty te entregó ese taly? Habla sin temor, Anniama, pero no intentes engañarnos.

ANNIAMA.—Señor pundit, una mujer condujo á Saverinaden al lado mio, y de antemano me habia ya seducido con sus almibaradas y pérdidas palabras. Aquella mujer es la vieja bayadera Latchoumyama.

LATCHOUMYAMA.—Esta muchacha ha sido arrojada de su casa por su mala conducta. Yo le he procurado á instancias suyas muchos amantes; pero no recuerdo que Saverinaden haya entrado en ese número.

ANNIAMA. — Saverinaden me ha conocido virgen; si otro hombre ha desatado mi pagne, si ha oído salir de mi boca palabras de amor, que se presente y repita el juramento consagrado.

RANGASSAMY. — Yo he estado contigo una noche en las orillas del río Gengi, y te he dado dos rupias.

EL PUEBLO. — ¡Tchi! ¡tchi! ¡tchi! ¡Rangassamy!

ANNIAMA (*desdenosamente*). — ¡Cuánto te ha dado Saverinaden por venir á decir esa infamia?

RANGASSAMY. — Lo que digo es verdad. ¡Que mi cuerpo sea privado de la sepultura de los justos si...

EL PUEBLO (*interrumpiéndole*). — ¡Traidor, tunante, afuera! ¡A la thana Rangassamy!

LAS VENDEDORAS. — ¡Al río Rangassamy!

EL PUEBLO. — Marquémosle en la frente con el hierro de los marranos.

(*Rangassamy huye.*)

SAVERINADEN (*con agitacion*). — Yo no he encargado á ese hombre que pronuncie esas palabras.

ANNIAMA. — Saverinaden, si los espíritus celestes que velan sobre tus buenas acciones tienen poder sobre tu corazón, reconoce al ménos á tu hijo, y yo seré tu esclava, tu tanigartchie (la que lleva el agua).

EL PUNDIT-SAEB. — Voy á dar la sentencia que Yama me inspira; pero ántes de hacer hablar á la ley, mando que Saverinaden coja al niño de Anniama en sus brazos y me lo traiga.

ANNIAMA (*alargándole su hijo*). — ¡Toma á tu hijo, Saverinaden!

EL NIÑO (*sonriendo á Saverinaden*). — ¡Papá!

SAVERINADEN (*apretándole contra su corazón*). — ¡Oh! Pundit-saeb, no pronuncies tu sentencia, y tú, Anniama, mi esposa querida, vuelve á tomar ese taly, y perdóname; los rakchasas (demonios) me habian cegado, inspi-

rándome malos designios; pero el divino Vischnou me ha iluminado por la boca de este niño. Vamos á la pagoda á celebrar la ceremonia de la expiacion.

EL PUEBLO. — ¡Que Saverinaden y la bella Anniama sean felices!

EL PUNDIT-SAEB. — Que Latchoumyama sea paseada por la aldea entera desnuda y haciendo diez estaciones, recibiendo en cada una de ellas diez latigazos, pues ése es el castigo de los falsos testigos. ¡Así lo quiere Manou!

EL PUEBLO. — ¡Viva el señor pundit!

Esta es la pieza, cuyo interes dramático no puede negarse, y que los actores de Ourdi-bazar representaron en casa del coronel Maxwell con una naturalidad que se encuentra rara vez entre los mejores actores de Europa, que se creen obligados á reemplazar el tono ordinario de la conversacion por la declamacion y la afectacion.

La representacion de *Avany* se concluyó muy tarde. Este drama es admirable, y estoy seguro de que traducido sencillamente, llamaria la atencion en Europa.

Avany, la madrastra enamorada de su yerno, es más tierna y más mujer en los arrebatos de la pasion que la Phedra antigua y que la de Racine. Es una mujer virtuosa vencida por el amor. La lucha entre el amor y el deber inspiran lástima, pero no desprecio; y si sucumbe, confesando su amor al objeto amado, al ver el asombro y la púdica inocencia de Nirdhasa, que no comprende lo que le dice su *ama* (madre), llena de furor contra su indigna conducta, acaba por matarse para no sucumbir á sus deseos.

¡Qué quisiéramos estudiar de una manera seria el lenguaje del antiguo Oriente para traducir sus obras! ¡Qué sublimes antecesores no daríamos á Racine, Corneille y Shakspeare, Séneca, Eurípides y Sófocles!

Podría ser la una de la mañana cuando me despedí de lady Maxwell y del coronel, y emprendí el camino del bengalow. Al pasar por el barrio Oeste de la ciudad, habitado tan sólo por indios malabares, me asomé al ver la mayor parte de las verandahs de las casas aún iluminadas y llenas de gente que parecía escuchar atentamente el canto gangoso de un fakir ó de un sannyassi. Iba á preguntar el motivo de aquella velada general, cuando me acordé que el mes de Mayaci (Mayo) está consagrado en la India á las representaciones teatrales, á los cuentos, fábulas, relaciones de las aventuras de los antepasados y tradiciones históricas de la casa, y declamaciones religiosas ó heroicas, y que es costumbre que cada jefe de familia tenga en su casa en aquel mes á un fakir, á un rápsoda, ó á un sannyassi que haga juegos de manos ó recite versos, durante una parte de la noche, delante de todos los parientes, hijos y servidores.

Cuando llegué al belatti-bengalow, me encontré inopinadamente en medio de otra fiesta semejante. Kandassamy y Amoudou habian llamado á uno de éstos que refieren cuentos y fábulas, viéndose rodeados en un momento de una multitud de indios que corrían á oír al narrador.

No queriendo turbar el regocijo de aquellas pobres gentes, dije al fakir que continuase su re-

lacion, y habiéndome sentado en uno de esos sillones que parecen una cama, me preparé yo también á escuchar como los demas.

El fakir en aquel momento narraba las aventuras extraordinarias del brahma Kahla-Sarma, á lo que siguió los cuentos de la primera noche de Mayo del pastor Cartica al rajah Rama-Tchandra.

Estas dos narraciones son como sigue, siendo su autor el brahma Vischnou-Sarma, conocido en Europa, no sé por qué, con el nombre de Pylpay.

Esta traduccion no es mia, sino sacada de los *Extractos del Pantcha-Tantra*, que fué impresa en Chandernagor, por orden de Dupleix, en 1735.

AVENTURAS DEL BRAHMA KAHLA-SARMA.

«En la ciudad de Soma-Pour vivia un brahma llamado Kahla-Sarma, que despues de haber estado mucho tiempo en la miseria, se vió de repente en la mayor opulencia, y determinó emprender el santo peregrinaje del Ganges para obtener el perdón de sus pecados lavándose en las aguas de aquel rio sagrado.

«Un dia que atravesaba un desierto por donde corre el rio Saravasty, se detuvo para hacer allí las abluciones acostumbradas. Apenas habia entrado en el agua, se le acercó un cangrejo, preguntándole adónde iba el brahma; le respondió que iba en peregrinaje al Ganges, y el cangrejo le suplicó entónces que le llevase al rio sagrado, prometiéndole, si le hacía aquel favor, conservar su recuerdo toda la vida y hacer cuanto pudiera en su obsequio.

«Sorpresa el brahma por aquellas últimas

palabras, le preguntó cómo un ser tan débil y pequeño podía hacer un servicio cualquiera á un hombre, y sobre todo á un brahma.

»A lo que el cangrejo le respondió con el apólogo siguiente:

—En la ciudad de Prabavatty-Patnam vivia un rey que se llamaba Ahdita-Varma. Un dia este príncipe salió de casa á un espeso bosque acompañado de toda su servidumbre, cuando de repente vió delante de sí un elefante enorme, cuya aparición sobrecogió de espanto á toda su escolta. El rey les dijo que era preciso apoderarse de aquel animal para llevarle á su palacio. Con efecto, se pusieron á cavar una fosa muy profunda, que cubrieron de ramas de árboles y de follaje, y habiendo todos los cazadores rodeado al elefante, no le dejaron otra salida que la que conducia á la fosa, en la cual en efecto cayó.

»Encantado el rey con el feliz éxito de su astucia, dijo á sus servidores que ántes de sacar el elefante de la fosa, queria que estuviese en ayunas ocho dias, pues al cabo de ese tiempo, habiendo perdido sus fuerzas, les sería más fácil domarle.

»Todo el mundo se retiró, dejando al elefante dentro de la fosa.

»Dos dias despues pasó por allí un brahma, y habiendo visto al elefante en la fosa, le preguntó qué le habia sucedido. El elefante le contó su triste ventura y los tormentos que sufría, tanto de resultas de la caída como del hambre y la sed que padecia, rogándole tuviese piedad de él y le ayudase á recobrar su libertad.

»El brahma le dijo que no podia sacar de la fosa un cuerpo como el suyo; pero el elefante le

instó de nuevo, pidiéndole al ménos que le diese un consejo.

»A lo que el brahma le contestó preguntándole si habia hecho alguna vez algun servicio á un ser viviente, y si habia sido así, que le invocase y le llamase en su auxilio.

—No me acuerdo de haber hecho favor alguno más que á las ratas, lo que ejecuté del modo siguiente:

»En el país de Calinga-Dessam reinaba un rey llamado Souvarna-Bahon, que vió de repente sus Estados infestados por una plaga de ratas que devoraban todas las plantas, esparciendo por todas partes la desolacion. No pudiendo vivir la gente con aquel azote, suplicaron al rey emplease cualquier medio para libertar al país de los destrozos de aquellos dañinos animales. El príncipe reunió á todos los cazadores de su reino, que provistos de trampas de todas clases, empezaran á perseguir á las ratas. A fuerza de trabajo y de paciencia, les hicieron salir de sus agujeros; á todas las cogieron vivas, y las encerraron en grandes vasijas de barro, en donde se les dejó para que muriesen de hambre.

»Dió la casualidad que pasé yo cerca del sitio donde estaban encerradas las ratas, y habiéndome llamado su jefe, me rogó que les salvase la vida. Conmovido con la suerte deplorable de aquellas infortunadas, di un puntapié á los cacharros de barro, arrancándolas á una muerte cierta.

»El jefe de las ratas, despues de haberme dado las gracias, me dijo que no olvidarian ni él ni sus compañeras el inmensó servicio que acababa de prestarles, jurándome que si alguna vez me en-

contraba en algun apuro, me prestarian gustosas su asistencia.»

»Despues que el elefante acabó de hablar, el brahma le aconsejó que llamase en su auxilio á las ratas.

»Y despidiéndose de él, continuó su camino.

»El elefante consideró que lo mejor era seguir el consejo del brahma, y llamó al jefe de las ratas, que llegó al momento.

»El elefante, en cuanto le vió, le contó su desgracia, pidiéndole le ayudara á salir de aquel apuro.

—«El servicio que me pides, señor elefante,—respondió el jefe de las ratas,—no es tan difícil como parece, y te prometo librarte pronto del suplicio que estás pasando.»

»En el mismo instante el jefe de las ratas convocó un millon de sus súbditos, y las condujo al borde del precipicio en donde estaba el pobre elefante; todas se pusieron á escarbar la tierra y á echarla en la fosa, y á medida que ésta se llenaba, el elefante iba subiendo, hasta que logró estar fuera de todo peligro.»

»Al terminar aquel apólogo, el cangrejo dijo al brahma peregrino:

—«Si una rata encuentra ocasion de hacer un favor señalado á un elefante, y salvarle la vida, ¿por qué no he de tener yo la suerte de demostrarte mi reconocimiento?»

»El brahma Kahla-Sarma, encantado con encontrar tanta inteligencia en un animal tan pequeño, le metió en su saco de viaje, y continuó su camino.

»Al atravesar un espeso bosque, se paró para

dormir la siesta á la sombra de un frondoso árbol, y no tardó en quedarse profundamente dormido.

»Cerca del árbol en donde Kahla-Sarma descansaba tranquilamente, una monstruosa serpiente habia establecido su morada, en uno de esos montones de tierra hechos por los kariahs (hormigas blancas), y en el follaje del árbol, un cuervo habia construido su nido.

»El cuervo y la serpiente eran muy amigos. Cuando algun viajero fatigado se sentaba á reposar en la sombra del árbol, el cuervo advertia á su amiga la serpiente con un grito particular, y ésta salia de su escondrijo, se aproximaba silenciosamente al viajero y le mordía, inoculándole el veneno, y éste era tan sutil, que la persona mordida moria casi en el instante.

»Entónces el cuervo reunia á todos los individuos de su especie, y se arrojaban todos sobre el cadáver, que les servia de comida.

»Apénas el cuervo notó que el brahma dormia profundamente, cuando avisó á la serpiente, que salió al momento de su agujero, y le quitó la vida con su mortífera mordedura.

»El cuervo se apresuró á reunir á sus parientes y amigos; y se precipitaron sobre el cadáver. Cuando iban ya á devorarlo, notó el jefe de los cuervos que se movia una cosa en el saco, y queriendo saber lo que era, metió dentro la cabeza. En el mismo instante el cangrejo le cogió por el cuello y le apretó hasta estrangularle.

»El cuervo gritaba pidiendo misericordia; pero él le declaró que no le soltaria á ménos que el brahma, cuya muerte acababa de causar, no recobrase la vida.

»Entonces el cuervo dijo á sus compañeros la extremidad á que se veía reducido, y las condiciones con que el cangrejo consentía en dejarle vivir, rogándoles que fuesen á toda prisa á informar á su amiga la serpiente de su crítica situación, y le pidiesen que devolviese la vida al brahma. La serpiente, instruida de la desgracia de su amigo, se aproximó al muerto y chupó todo el veneno que le había inferido, devolviéndole la vida.

»En cuanto el brahma abrió los ojos, se sorprendió al ver á su cangrejo con un cuervo agarrado con sus uñas. Este le contó lo que le acababa de pasar, y el viajero, que creía salir de un dulce sueño, se quedó atónito.

—«Sin embargo, —añadió, — puesto que el cuervo ha cumplido ya su promesa, es preciso que le dejes libre. Suéltale.»

»El cangrejo, que quería castigar á aquel tunante como se merecía, y que temía darle libertad estando próxima la serpiente, respondió que le dejaría libre á corta distancia.

»El brahma se llevó, pues, á los dos un poco más léjos, y abriendo su saco, renovó la orden de poner en libertad al cautivo.

—«¡Insensato! — contestó el cangrejo. — A los malvados, ¿se les debe guardar la fe? ¿Ignoras que este pérfido cuervo ha causado la muerte de muchos inocentes, y que si le dejas escapar, causará muchas víctimas?»

»¿Quieres saber lo que las gentes de bien ganan con favorecer á los malvados? Pues la fábula siguiente te lo enseñará:

»Un brahma llamado Astica vivía en el agrahara (monasterio) de Agny-Stala, situado á las ori-

llas del rio Youmna. Este brahma, que iba de peregrinación al Ganges, pasó un día cerca de un rio, en el que quiso hacer sus abluciones.

»Apénas entró en el agua, cuando se le acercó un cocodrilo, y al saber el objeto de su viaje, le suplicó encarecidamente que le llevase á las aguas del rio sagrado, pues decía que allí viviría mejor que en el sitio en donde estaba, que á veces se quedaba en seco y sufría tormentos crueles.

»Compadecido el brahma, metió al cocodrilo en su saco, y continuó su camino.

»Llegado á la orilla del Ganges, el peregrino abrió el saco, y enseñando al cocodrilo las aguas de aquel rio, le dijo que podía entrar allí; pero éste respondió que, sintiéndose muy fatigado del camino que habían hecho juntos, no tenía fuerzas para entrar solo en el rio, y que le rogaba le acompañase hasta corta profundidad.

»No sospechando el brahma ninguna perfidia, accedió á su ruego, y avanzó cuanto pudo con su compañero en el lecho del rio. Pero en el momento en que se retiraba, el cocodrilo, cogiéndole por la pierna con sus dientes, se esforzó en arrastrarle al fondo del agua. Estupefacto con semejante acción, el peregrino exclamó:

—«¡Oh! ¡Malvado, infame! ¿De este modo agradeces los beneficios que te hacen? ¿Es éste el reconocimiento que me demuestras por el servicio que te he hecho?»

—«¡Bah! — replicó el cocodrilo. — ¿A qué me hablas de reconocimiento? La virtud en nuestros días consiste en devorar á los que nos alimentan.»

—«Suspende al ménos tu pérfido designio por algunos momentos, — replicó el brahma, — y vea-

mos si la moral que profesas encontrará quien la apruebe, y si se presentan tres tan sólo que sean de tu modo de pensar, consiento en que me devores.»

»El cocodrilo consintió en lo que el brahma le proponía.

»Se dirigieron en primer lugar á un mango plantado en la orilla. El brahma le preguntó si estaba bien hecho devolver mal por bien.

—«Ignoro si está bien ó mal hecho,—respondió el mango;—pero lo que sé es que los hombres se conducen conmigo de ese modo. Yo apaciguo su hambre alimentándoles con mis succulentos frutos, yo les garantizo de los ardores del sol cubriéndoles con mi sombra; sin embargo, desde que la vejez ó algun accidente me pone en la imposibilidad de procurarles esas ventajas, olvidando mis servicios anteriores, cortan mis ramas, y acaban por privarme de la vida arrancando hasta mis raíces; de lo cual conjeturo que la virtud entre los hombres consiste en destruir á los que les alimentan.»

»Se dirigieron en seguida á una vaca vieja que pacía sin guardian á las orillas del rio, y el brahma le hizo la misma pregunta.

—«¿Qué es lo que me preguntas?—respondió la vaca.—La virtud en nuestros dias consiste en devolver mal por bien. Hasta ahora he hecho importantes servicios al hombre, labrando sus campos, dándole becerros, y alimentándole con mi leche; pero como ahora soy ya vieja, me abandona en este bosque, y me veo expuesta á cada momento á ser pasto de las fieras salvajes.»

»No faltaba ya más que el juicio del tercer

árbitro para consumir la ruina del brahma. Este, viendo un zorro, le hizo la misma pregunta que al árbol y á la vaca.

»El zorro, ántes de responder, quiso conocer el negocio de que se trataba. El brahma le contó en detalle los servicios que habia prestado al cocodrilo, y la traicion que éste meditaba. El zorro se echó á reir, y parecia dispuesto á hacer ganar la partida al cocodrilo.

—«Sin embargo,—dijo,—ántes de dar mi opinion, es preciso que vea el modo como habeis viajado juntos.»

»El cocodrilo, no desconfiando de las intenciones del zorro, entró sin vacilar en el saco, y el brahma se lo echó á la espalda. Entónces dijo el zorro á éste que le siguiera, y llegando á un sitio aislado, le hizo señas de que dejase el saco en tierra. Apénas hubo obedecido, cuando el zorro, cogiendo una enorme piedra, aplastó con ella la cabeza del cocodrilo, y despues, dirigiéndose al brahma, le dijo:

—«¡Imbécil! Que no eres prudente, á pesar de los peligros que has corrido. Acuérdate siempre que no se debe contraer amistad ni asociarse nunca con los malvados.»

»El zorro reunió en seguida á su familia, y se regalaron con el cocodrilo muerto, y el brahma, despues de cumplir su peregrinacion al Ganges, se volvió á su casa, adonde llegó con toda felicidad.

»Este ejemplo—dijo el cangrejo al brahma su bienhechor, que habia prestado atento oido á su narracion—debe convencerte de que no se debe hacer pacto alguno con los malvados, y que sin

escrúpulos se les puede faltar á la fe jurada. Cuando los tiene uno en su poder, hay que destruirlos.»

»Y al decir aquellas palabras, apretó el pescozo del cuervo, y le ahogó.

»Después de aquel castigo ejemplar, el brahman Kahla-Sarma, llevando consigo al cangrejo, continuó su camino, y llegando al Ganges, depositó allí á su bienhechor, como deseaba, hizo sus abluciones en el río sagrado, y tomó en seguida el camino de su país, adonde llegó sano y salvo...»

En medio de los murmullos aduladores de su auditorio, el fakir, después de haber echado un trago de callou y aspirado el odorífero boukali, emprendió la narración capital de la velada de Mayo: los cuentos del pastor Cartica ante el rajah de Tchandra...

No intento referir al lector todos los cuentos que oí aquella noche, y sólo escogeré uno entre los más interesantes, pues es suficiente para dar una idea de aquella literatura, que enseña á veces filosóficas máximas.

Este cuento es el siguiente:

«Antes de las excursiones de los hombres del Norte, en el tiempo en que los pueblos de la India gozaban la dicha de estar gobernados por príncipes de su nación, uno de estos príncipes, llamado Christna-Roya, reinaba sobre una de las más fértiles provincias meridionales del país. Su único afán era captarse el amor y el respeto de sus pueblos, haciéndolos dichosos; y para conseguirlo, no admitía entre sus ministros y confidentes más que personas de experiencia y saber, y que fuesen capaces de darle saludables consejos.

»Appadjy, su primer ministro, era el que po-

seia toda su confianza, porque tenia el arte de decir siempre la verdad, ocultándola con el velo de la alegoría.

»Un día que este sabio ministro estaba solo con su amo, éste le propuso diese contestación á la pregunta siguiente:

—«Appadjy, — le dijo, — he oído repetir con frecuencia que los hombres en sus costumbres religiosas y civiles obran por rutina, y que tanto la religion como las costumbres, una vez establecidas, la multitud las sigue ciegamente y sin examen, por absurdas que sean. Yo desearia que tú probases la verdad de este aserto, á fin de conocer la justicia de aquel proverbio que dice: *¿Djatra-maroulo? ¿Djena-maroulo?... ¿Djenas-maroulon!* (¿Son las costumbres ó quienes las siguen los ridículos? ¿Son las costumbres!)»

»Appadjy, con su natural modestia, prometió al rey reflexionar en ello, y darle la contestación á los pocos dias.

»En cuanto entró en su casa, preocupado con lo que le habia dicho su amo, envió á buscar al pastor que guardaba sus rebaños, que era un rústico bruto y ordinario, como lo es generalmente esa clase de gente.

»Cuando se presentó delante del ministro, éste habló en estos términos:

—«Kourouba, es preciso que dejes al momento tu traje de pastor, para vestirte con el de saunyasi (devoto ascético), cuyo papel vas á desempeñar por espacio de algunos dias. Empieza, pues, con embadurnarte el cuerpo con ceniza, y con una mano llevarás el baston de nudos que un penitente lleva siempre consigo, y con la otra la calaba-

za destinada á contener el agua; ponte bajo el brazo la piel de gacela sobre la que tienen costumbre de sentarse, y disfrazado de este modo, vete sin dilacion á la montaña vecina. Llegado allí, entrarás en la caverna que hay en uno de sus flancos, y despues, extendiendo en el suelo tu piel de gacela, te sentarás en ella como lo hacen los sannyassis, teniendo los ojos siempre bajos, tapándote con una mano las narices, y teniendo la otra apoyada en la coronilla de la cabeza. Ten cuidado de hacer bien tu papel, y sobre todo de no hacerme traicion. Tal vez el rey, acompañado, vaya á hacerte una visita en aquella caverna; pero sea quien sea el que vaya á verte, permanece inmóvil en la postura que te he dicho, no mires á nadie ni hables á nadie, aunque te arranquen todos los pelos de tu cuerpo, ni des tampoco señal alguna de tu dolor. Esto es lo que te mando, Kourouba; si te separas por casualidad de mis instrucciones, eres hombre muerto; y por el contrario, si las sigues puntualmente, puedes contar con una magnífica recompensa.»

»El pobre pastor, acostumbrado toda su vida á cuidar del rebaño, no tenía gana ninguna de cambiar de condicion; sin embargo, el tono de su amo era tan imperativo, que no tuvo más remedio que obedecer ciegamente.

»Disfrazado con su nuevo traje, y repasando en la imaginacion las órdenes de su amo, partió para su destino.

»Mientras tanto, Appadjy fué al palacio del rey, y le habló en estos términos:

—»Gran rey, en este momento en que, rodeado de vuestros sabios consejeros, os ocupáis de ha-

cer dichosos á vuestros pueblos, perdonadme si vengo á interrumpiros para anunciaros que los dioses, encantados con vuestras virtudes, os dan prueba visible de proteccion y favor. A la hora en que os hablo, y no léjos de vuestra residencia, en la pendiente de una montaña próxima á esta capital, existe una caverna donde ha ido á establecerse un santo penitente, venido sin duda del cielo. Sumergido en la más profunda meditacion sobre las perfecciones de Parabrahma, insensible á todos los objetos terrestres, no tiene más alimento que el aire que aspira, y en una palabra, se puede decir con verdad que sólo su cuerpo habita en este mundo, mientras que sus pensamientos y sus afecciones están íntimamente unidas á la Divinidad. Yo no dudo que la aparicion maravillosa de este santo personaje en vuestros Estados sea una prueba manifiesta del interes que los dioses os manifiestan.»

»El discurso de Appadjy llenó de asombro y admiracion al rey y á sus cortesanos.

»Este príncipe quiso al momento ir á hacer una visita al ilustre penitente, cuyo pomposo elogio acababa de hacerle su ministro, y para dar mayor realce á aquel santo varon, decidió ir á verle acompañado de toda su corte, y escoltado de parte de sus tropas, haciendo ademas anunciar al són de trompetas y tambores el motivo que le llevaba á la montaña.

»No tardó el cortejo en ponerse en marcha. El placer y la alegría se pintaban en todos los rostros, el aire resonaba con los gritos de contento, y todos se felicitaban por la dicha de ir á contemplar semejante personaje.

«Cuando el rey llegó á la caverna, penetró en ella lleno de un temor religioso al aspecto de aquel sagrado recinto, y sus miradas inquietas no tardaron en descubrir la figura del ilustre penitente, acurrucado en una postura extraña, y tan inmóvil como una estatua. Despues que el rey le hubo contemplado algunos momentos, se prosternó delante de él con el rostro en el polvo, y luégo, levantándose, le dirigió las palabras siguientes:

—«Ilustre penitente, bendito sea el destino que me hace gozar de la dicha inestimable de contemplar vuestros piés sagrados. Yo no sé lo que puede haberme atraído un favor tan señalado, y el poco bien que he hecho en esta generacion no puede haberme hecho digno de él; pero sin duda merezco este beneficio, gracias á las buenas obras de mis antepasados. De todos modos, el dia en que he podido contemplar vuestros sagrados piés, es sin duda el más hermoso de mi vida. Nada tengo ya que desear, y por haberlos visto estoy absuelto de todos los pecados que he cometido en esta generacion y en las precedentes. Estoy ya tan puro como el agua del Ganges, y colmados todos mis deseos.»

«El pretendido penitente oyó aquel discurso adulator sin dar á entender que lo habia oido, y sin menearse ni cambiar de postura. La multitud que le rodeaba, asombrada de aquella indiferencia, quedó convencida de que era un sér sobrenatural, cuando no respondia á tan gran rey.

—«No hay duda—decia la gente—que el cuerpo sólo de este santo penitente habita este mundo, pues su alma está unida á la Divinidad, cuya imagen es.»

«El rey Christna-Roya intentó, aunque en vano, atraer las miradas del santo penitente por medio de un diluvio de alabanzas; pero ni el más ligero signo alteró la impasibilidad del misterioso personaje.

«El príncipe se disponia ya á salir de la caverna, cuando Appadjy le habló de esta suerte:

—«Gran rey, habiendo venido desde tan lejos á visitar á este santo personaje, que va á ser ahora objeto de la pública veneracion, no debeis dejarle sin recibir su bendicion, ó al ménos alguna cosa suya que os traiga la felicidad, aunque no sea más que un pelo del espeso vello que cubre su cuerpo.»

«El rey, siguiendo el consejo de su ministro, se acercó al sannyassi, y le arrancó con precaucion uno de los pelos de que estaba erizado su pecho, le llevó á sus labios, le besó devotamente, y enseñándoselo en seguida á los espectadores, les dijo:

—«Le conservaré toda mi vida, y le haré engarzar en un medallon de oro, que llevaré colgado al cuello como un precioso talisman.»

«Los ministros y cortesanos quisieron obtener tambien la reliquia, y arrancó cada uno un pelo al pobre paciente.

«Instruidas las gentes que escoltaban al rey y la muchedumbre que le habia seguido de lo que pasaba, quisieron tambien seguir tan bello ejemplo, y en un instante el infeliz vió arrancarle sus pelos uno á uno, y los más fervientes, no contentándose con uno, se los arrancaban á puñados.

«El pobre Kourouba sostuvo aquel horrible suplicio sin cambiar de postura y sin levantar los ojos del suelo.

»De vuelta á su palacio el rey, habló á sus mujeres del sér maravilloso que habia visitado y de la reliquia que traía consigo; y habiendo demostrado gran deseo de ver al santo personaje, y no permitiéndoles á las personas de su rango el mostrarse en público, suplicaron al rey le hiciese venir á palacio, para que tuvieran ellas la dicha de arrancarle con sus propias manos uno de aquellos pelos.

»El rey consintió al fin, y para honrar al penitente, le envió á buscar con su ejército, para que le sirviese de escolta.

»Cuando llegaron cerca de la caverna en que la multitud se disputaba aún los pelos del sannyasi, cuatro de los principales personajes de la corte, cogiéndole entre sus brazos, le colocaron sobre un soberbio palanquin, en donde se mantuvo en la misma postura que habia tenido hasta entónces, siendo llevado en triunfo por la multitud de curiosos que habia acudido á verle.

»El pobre Kourouba, que no habia comido hacía dos dias, y que se resentía de los sufrimientos que acababa de padecer, se hacía las reflexiones siguientes:

—«¡Qué loco he sido en aceptar este papel que tantas penas trae consigo! Prefiero mil veces oír los rugidos del tigre cuando voy guardando mis ganados, á los gritos de alegría de esta multitud insensata. Cuando estoy con mis carneros, á la hora que es, ya he hecho mis dos comidas, y ahora hace dos dias que estoy en ayunas, sin saber cómo ni cuándo acabará todo esto.»

»Mientras que el pobre pastor hacía estas reflexiones, llegaron al palacio, y colocándole en un

soberbio aposento, no tardaron en venir las princesas á prosternarse sucesivamente á sus piés. Despues de haberle admirado en silencio, quisieron tener tambien la reliquia del pelo; pero en vano buscaron por las partes visibles de su cuerpo, pues la multitud de devotos que les habian precedido no habia dejado ni uno. En fin, despues de detenido exámen, encontraron entre las rugosidades de su piel grosera algunos que se habian escapado á la extirpacion total. Tuvieron que contentarse con aquellos restos, y se retiraron, guardándolos religiosamente. El rey ordenó que le dejasen solo por la noche, para que pudiese descansar de las fatigas del dia.

»Sin embargo, Appadjy, deslizándose donde el infeliz pastor yacía extenuado de hambre, de fatiga y de angustia, le dirigió estas consoladoras palabras:

—«Kourouba, el tiempo de tu prueba ha acabado; has representado bien tu papel y estoy contento de tí; te he prometido una recompensa, y la tendrás; mientras tanto, deja ese traje de penitente y vuelve á tomar tu traje de pastor, vete á comer y descansar, y mañana volverás á tus ocupaciones ordinarias.»

»El pobre diablo echó á correr por el pasadizo secreto, resuelto á no volver á representar papeles semejantes.

»Al dia siguiente por la mañana, el rey, acompañado de sus principales oficiales, fué á la habitacion donde habia dejado al penitente, para ofrecerle de nuevo el homenaje de su profunda veneracion. Pero ¡cuál no fué su sorpresa al ver que habia desaparecido! Sin embargo, esta circuns-

tancia aumentó su prestigio, y todo el mundo creyó que era una divinidad que había bajado á la tierra para hacer al monarca una visita pasajera.

«Algun tiempo despues de este acontecimiento, un día que Appadjy estaba en la corte del rey su amo, éste le preguntó si había ya resuelto la pregunta que le había hecho, de que si eran las costumbres las ridículas, ó los hombres que las seguían.

«Appadjy, que no esperaba más que esta ocasión para responder, y despues de hacer prometer al rey que no se ofendería por lo que iba á contarle, le habló en estos términos:

—«Gran rey, vuestra conducta ha resuelto la cuestión de una manera irrefutable, yendo á visitar en su caverna al pretendido penitente que allí se había establecido. Pues bien, ese famoso personaje es el pastor que hace muchos años guarda mis ganados, hombre estúpido y grosero, que no puede inspirar más que desprecio. Y sin embargo, vos, señor, y toda vuestra corte le habeis tributado los mayores honores, con sólo el testimonio de mis palabras. El pueblo ha seguido ciegamente vuestro ejemplo, y sin conocer ni saber nada, se ha entregado á todos los excesos de un celo religioso con respecto á un oscuro y miserable pastor que una chispa de inteligencia distingue apenas del bruto. Por eso, señor, acabais de justificar aquel antiguo proverbio que dice: «Que por ridículas y absurdas que sean las ceremonias y costumbres, son aún más los hombres que las siguen.»

«Christna-Roya, en vez de enojarse de la libertad que se había tomado Appadjy para probarle la verdad sobre un punto tan importante, conti-

nuó dispensándole siempre su confianza al ministro, y tratándole como á uno de sus mejores amigos.»

Cuando el fakir acabó su narración, los primeros rayos del sol iluminaban el Oriente, lo que todo el mundo consideró como un feliz presagio. El hábil narrador había empezado sus cuentos cuando el sol se ponía, y los terminaba precisamente á la salida del astro, sin que pareciese acortar ó alargar su narración, lo que es el colmo del arte. Todos los asistentes se levantaron, y dando palmadas, exclamaron en coro: *Ha terminado ya la primera velada de Mayo.*

Este es el célebre cuento que en todas las provincias del Indostan y en Ceylan forma parte de las narraciones que abren las veladas del mes de Mayo, consagrado enteramente á la poesía, á los cantos y á las representaciones dramáticas.

Despues de descansar algunas horas y de almorzar un excelente mouloucoutani de langosta, plato que hacía admirablemente Amoudou, le anuncié, lo mismo que á Kandassamy, mi vindicara, que partía para el interior al día siguiente, aunque yo no tenía intención de hacerlo hasta dos días despues, pues las relaciones que me había creado en Jaffnapatnam me obligaban á numerosas visitas de despedida; pero es bueno, cuando tiene uno que tratar con criados indígenas, decirselo con anticipación para que hagan los preparativos de viaje, que no empiezan á hacer á pesar de todo hasta el último momento; pues lentos y meticulosos en todo lo que hacen, tienen la imaginación viva y pronta, y creen que en tres horas, por ejemplo, pueden hacer el trabajo de un día, y por esta razón lo de-

jan todo para última hora, y nunca están prontos cuando uno desea, dejándose olvidada alguna cosa siempre para tener que volverla á buscar.

Encargué á Amoudou que hiciese la compra de provisiones de todas clases que se necesitaban para un viaje de dos meses, pues aunque me habian asegurado que en la isla de Manaar, centro de la pesca de las perlas, y en Anourahdapour, la antigua capital de los antiguos rajahs de raza malabar, cuyas ruinas sólo existen, encontraria bazares bien provistos, no quise fiarme en la casualidad, y llené mi caja de cuanto podia necesitar. Pero fuera de algunas botellas de vino, y una pequeña dama-juana de viejo cognac que usaba con moderacion para echar unas gotas en el agua, que suele ser malsana en el interior, no hacia provisiones de boca, prefiriendo los alimentos indios, que son más á propósito para la higiene de aquellos países.

Este alimento se compone únicamente de carry, pasta hecha con aves, pavos salvajes y caza de agua y tierra, de que están llenos los bosques y las junqueras, que se come con arroz y una salsa picante, que es deliciosa.

Este plato suculento, que no desdeñaria la cocina europea más exquisita, puede tambien prepararse con pescados de mar ó de rio, ó con mariscos.

Cuando se tiene la suerte de detenerse en una de las ciudades musulmanas de la costa Oeste, se añade á ese plato una de esas deliciosas costradas de arroz y carnero asado sobre las brasas, cuyo secreto han conservado los descendientes de Baber y de Aureng-Zeb. Amoudou, que era hijo del pro-

feta, no conocia rival, no sólo en la preparacion de la costrada, sino en el couscoussou, que habia aprendido cuando acompañaba las caravanas de la Baja Nubia.

Como se ve, tenia exquisitos platos para variar mi alimento, y cuya receta daré en ocasion oportuna, pues creo gustará al observador europeo saber cómo se alimenta esa raza de hombres que pertenece á una civilizacion tan diferente de la nuestra.

Después de hacer mis últimas recomendaciones á Amoudou y Kandassamy sobre el modo como yo queria se colocase mi equipaje, y de recomendarles sobre todo que no tocasen á mi caja de municiones, pólvora, balas explosivas, etc., cuya colocacion queria yo hacer por mi propia mano, subí al palanquin, y empecé la fastidiosa tarea de despedida por tarjetas á todas las personas á quienes habia sido presentado, y que es de obligacion entre los ingleses, pues basta reunirse en casa de un amigo comun, para que éste se crea obligado á presentar á sus amigos unos á otros.

Estas presentaciones, que tantos disgustos traen al extranjero que permanece poco tiempo en el país, son inevitables, pues se consideraria el no hacerlo como una injuria mortal; y para evitar odios y rencillas causadas por el amor propio herido, todo criollo ó inglés de origen cuya hospitalidad haya uno aceptado, le presenta á todos sus conocimientos, y éstos adquieren por este mero hecho el derecho de presentarnos á vuestra vez á todos sus amigos.

El que permanece mucho tiempo en aquella ciudad encuentra esta costumbre sumamente agra-

dable, pues se adquieren al momento numerosas y útiles relaciones; pero si está uno por poco tiempo, no da por resultado más que la obligación de centenares de visitas, de las que es preciso despedirse al marcharse, bien sea personalmente, ó por medio de tarjeta.

Sin embargo, en las casas en las que le han convidado á uno, tiene que ir personalmente; pero hay que hacer la visita entre las doce y las dos de la tarde, para tomar el lunch con la familia. En vista de esto, los que están allí establecidos y parten para Europa, empiezan á hacer sus visitas de despedida con dos meses de anticipacion.

Felizmente para mí, y fuera de mis correspondencias, del coronel Maxwell, del colector del distrito y de dos ó tres personas más, no tuve que repartir más que unas treinta tarjetas, en lo que empleé todo el dia hasta la noche.

Acababa de entrar fatigado de aquella corrección, cuando un chocra, criado del babou Soupraya-Chetty, fué al belatti-bengalow á llevarme una carta de su amo, que me preocupó mucho, y cuya traduccion literal voy á dar al lector, para que forme una idea del estilo epistolar de los indios:

«Al señor Franguy (Frances).

»¡Assirvahdam! (¡Que Dios te bendiga!)

»Al señor extranjero que habita en el belatti-bengalow, que está adornado de todas las virtudes, que posee un perfecto conocimiento de todas las cosas, que por el brillo de sus cualidades deslumbra como el sol, y cuya reputacion de sabiduría está esparcida por el mundo entero;

»Yo, su muy humilde servidor y esclavo Sou-

»praya-Chetty, hijo de Narayana-Chetty, de la casta commouty;

»Teniéndome á una distancia conveniente con las dos manos juntas, los ojos bajos, la cabeza inclinada, y esperando en esta humilde postura que se digne dirigir los ojos hácia el que no es nada en su presencia; despues de haber obtenido su permiso, aproximándome á él con temor y respeto, y prosternándome á sus piés que son la flor misma del tavarai (lirio de los estanques), le hago esta humilde súplica:

»Hoy es el segundo dia de Mayaci (Mayo), y si el señor Frances quiere condescender y admitir la invitacion que yo, que no soy nada en presencia suya, me atrevo á hacerle, cual es la de venir á pasar la noche con su humilde esclavo en la casa de campo de Wannapané.

»Si su señoría acepta, no necesita, para dar á conocer su voluntad á su indigno servidor, que se rebaje hasta el punto de escribirle, bastando tan sólo que me envíe con el portador una hoja de betel rota por la punta con la uña, lo que me dará á conocer que mi súplica ha sido oida.

»Esta es la humilde plegaria del

»BABOU SOUPRAYA-CHETTY.

»¡Assirvahdam!»

Despues de haber recorrido aquella singular epistola, me quedé pensativo, no por la forma y estilo de la carta, pues conozco el estilo enfático de los indios, sino por aquella invitacion sin objeto aparente, y de misteriosa apariencia. Yo dudé